

XXV

Si unas elecciones durasen mucho, acabarían con quien las maneja, a puro cansancio, molimiento y tensión del cuerpo y del espíritu, pues los odios enconados, la perpetua sospecha de traición, las ardientes promesas, las amenazas, las murmuraciones, las correrías y cartas incesantes, los mensajes, las intrigas, la falta de sueño, las comidas sin orden, componen una existencia vertiginosa e inaguantable. Acerca de los inconvenientes prácticos del sistema parlamentario estaban muy de acuerdo la yegua y la borrica que, con un caballo recio y joven nuevamente adquirido por el mayordomo para su uso privado, completaban las caballerizas de los Pazos de Ulloa. ¡Buenas cosas pensaban ellos de las elecciones allá en su mente asnal y rocinesca, mientras jadeaban exánimes de tanto trotar, y humeaba todo su pobre cuerpo bañado en sudor!

¡Pues qué diré de la mulita en que Trampeta solía hacer sus excursiones a la capital! Ya las costillas le agujereaban la piel, de tan flaca como se había puesto. Día y noche estaba el insigne cacique atravesado en la carretera, y a cada viaje la elección de Cebre se presentaba más dudosa, más peliaguda, y Trampeta, desesperado, vocife-

raba en el despacho del gobernador que importaba desplegar fuerza, destituir, colocar, asustar, prometer, y sobre todo, que el candidato cunero del Gobierno aflojase la bolsa, pues de otro modo el distrito se largaba, se largaba, se largaba de entre las manos.

—¿Pues no decía usted—gritó un día el gobernador con vehementes impulsos de mandar al infierno al gran secretario—que la elección no sería muy costosa; que los adversarios no podían gastar nada; que la Junta carlista de Orense no soltaba un céntimo; que la casa de los Pazos no soltaba un céntimo tampoco, porque, a pesar de sus buenas rentas, está siempre a la quinta pregunta?

—Ahí verá usted, señor—contestó Trampeta.—Todo eso es mucha verdad; pero hay momentos en que el hombre... pues... cambia sus *auciones*, como usted me enseña. (Trampeta tenía esta mulitilla.) El marqués de Ulloa...

—¿Qué marqués ni qué calabazas!—interrumpió con impaciencia el gobernador.

—Bueno, es *un* costumbre que hay de llamarle así... Y mire usted que llevo un mes de *porclamar* en todos lados que no hay semejante marqués, que el Gobierno le ha sacado el título para dárselo a otro más liberal, y que ese título de marqués quien se lo ha ofrecido es Carlos siete, para cuando venga la Inquisición y el diezmo, como usted me enseña...

—Adelante, adelante—exclamó el gobernador, que aquel día debía de estar nervioso.—Decía usted que el marqués o lo que sea... en vista de las circunstancias...

—No reparará en un par de miles de duros más o menos, señor.

—¿Si no los tenía, los habrá pedido?

—¡*Catá!* Los ha pedido a su suegro de Santiago; y como el suegro de Santiago no tiene tampoco una peseta disponible, como usted me enseña... héteme aquí que se los ha dado el suegro de los Pazos.

—¿Se le cuentan dos suegros a ese candidato carlista?—preguntó el gobernador, que a su pesar se divertía con los chismes del secretario.

—No será el primero, como usted me enseña—dijo Trampeta, riéndose de la chuscada.—Ya entiendo por quién hablo... ¿eh?

—¡Ah! Sí, la muchacha esa que vivía en la casa antes que Moscoso se casase, y de la cual tiene un hijo... Ya ve usted cómo me acuerdo.

—El hijo... el hijo será de quien Dios disponga, señor gobernador... Su madre lo sabrá... si es que lo sabe.

—Bien, eso para la elección importa un fabano... Al grano: los recursos de que Moscoso dispone...

—Pues se los ha facilitado el mayordomo, el Primitivo, el suegro *de cultis*... Y usted me preguntará: ¿cómo un infeliz mayordomo tiene miles de duros?—Y yo respondo: prestando a réditos del ocho por ciento al mes, y más los años de hambre, y metiendo miedo a todo el mundo para que le paguen bien y no le nieguen una miserable deuda de un duro...—Y usted dirá: ¿de dónde saca ese Primitivo o ese ladrón el dinero para prestar?—Y yo replico: del bolsillo de su mismo amo, robándole en la venta del fruto, dándolo a

un precio y abonándose a otro, engañándole en la administración y en los arriendos, pegándose-la, como usted me enseña, por activa o por pasiva... Y usted dirá...

Este modo dialogado era un recurso de la oratoria trampetil, del cual echaba mano cuando quería persuadir al auditorio. El gobernador le interrumpió:

—Con permiso de usted, lo diré yo mismo. ¿Qué cuenta le tiene a ese galopín prestarle a su amo los miles de duros que tan trabajosamente le ha cogido?

—¡Me caso!...—votó el secretario.—Los miles de duros, como usted me enseña, no se prestan sin hipoteca, sin garantías de una *clas* o de otra, y el Primitivo no ha nacido en el año de los tontos. Así queda seguro el capital y el amo sujeto.

—Comprendo, comprendo—articuló con viveza el gobernador. Queriendo dar una muestra de su penetración, añadió:—Y le conviene sacar diputado al señorito, para disponer de más influencia en el país y poder hacer todo cuanto le acomode...

Trampeta miró al funcionario con la mezcla de asombro y de gozosa ironía que las personas de educación inferior muestran cuando oyen a las más elevadas decir una simpleza gorda.

—Como usted me enseña, señor gobernador—pronunció—no hay nada de eso... D. Pedro, diputado de oposición o independiente o conforme les dé la gana de llamarle, servirá de tanto a los suyos como la carabina de Ambrosio... Primitivo, arrimándose a un servidor de usted o al judío, con perdón, de Barbacana, conseguiría lo que quisiese ¿eh? sin necesidad de sacar diputado al

amo... Y Primitivo, hasta que le dió la ventolera, siempre fué de los míos... Zorro como él, no lo hay en toda la provincia... Ese ha de acabar por envolvernos a Barbacana y a mí.

—Y entonces Barbacana, ¿por qué se ha declarado a favor del señorito?

—Porque Barbacana va con los curas adonde lo lleven. Ya sabe lo que hace... Usted, un suponer, está ahí hoy y se larga mañana; pero los curas están siempre, y lo mismo el señorío... los Limiosos, los Méndez...

Y dando suelta al torrente de su rencor, el cacique añadió, apretando los puños:

—¡Me caso con Dios! Mientras no hundamos a Barbacana, no se hará nada en Cebre.

—¡Corriente! Pues facilítenos usted la manera de hundirle. Ganas no faltan.

Trampeta se quedó un rato pensativo, y con la cuadrada uña del pulgar, quemada del cigarro, se rascó la perilla.

—Lo que yo cavilo es, ¿qué rayo de cuenta le tendrá al raposo de Primitivo esta diputación del amo?... Ahora se aprovecha de dos cosas: lo que le pilla como hipoteca, y lo que le mama corriendo con los gastos electorales, y presentándole luego, como usted me enseña, las cuentas del Gran Capitán... Pero si vencen y me hacen diputado a mi señor D. Pedro, y éste vuela para *Madri*, y allí pide cuartos por otro lado, que sí pedirá, y abre el ojo para ver las picardías de su mayordomo, y no se vuelve a acordar de la moza ni del chiquillo... entonces...

Tornó a rascarse la perilla, suspenso y meditabundo, como el que persigue la solución de un

problema muy intrincado. Sus agudísimas facultades intelectuales estaban todas en ejercicio. Pero no daba con el cabo de la madeja.

—Al caso—insistió el gobernador.—De lo que se trata es de que no nos derroten vergonzosamente. El candidato es primo del ministro; hemos respondido de la elección.

—Contra el candidato de la Junta de Orense.

—¿Piensa usted que allá admiten esas distinciones? Estamos a triunfar contra cualquiera. No andemos con circunloquios; ¿cree usted que vamos a salir con el rabo entre las piernas? ¿Sí o no? • Trampeta permanecía indeciso. Al cabo, levantó la faz con el orgullo de un gran estratégico, seguro siempre de inventar algún ardid para burlar al enemigo.

—Mire usted—dijo,—hasta la fecha, Barbacana no ha podido acabar con este cura, aunque me ha jugado dos o tres buenas... Pero a jugarlas no me gana él ni ninguno... Sólo que a mí no se me ocurren las mejores tretas hasta que tocan a romper el fuego... Entonces, ni el diablo discurre lo que yo discurre. Tengo aquí—y se dió una puñada en la negruzca frente—una cosa que rebulle; pero que aún no sale por más que hago... Saldrá, como usted me enseña, cuando llegue el mismísimo punto *resfinado* de la ocasión.

Y blandiendo el brazo derecho repetidas veces de arriba abajo, como un sable, añadió en voz hueca:

—Fuera miedo. ¡Se gana!

Mientras el secretario cabildeaba con la primera autoridad civil de la provincia, Barbacana daba audiencia al Arcipreste de Loiro, que había que-

rído ir en persona a tomar noticias de cómo andaban los negocios en Cebre, y se arrellanaba en el despacho del abogado, sorbiendo, por *fusique* de plata, polvos de un rapé Macuba, que acaso nadie gastaba ya sino él en toda Galicia, y que le traían de contrabando, con gran misterio y cobrándole un dineral.

El Arcipreste, a quien en Santiago conocían por el apodo de *Sobres de Envelopes*, a causa de una candorosa pregunta en mal hora formulada en una tienda, había sido en otro tiempo, cuando se le conocía por el abad de Anles, el mejor instrumento electoral conocido. Dijéronle una vez que iba perdida la elección que él manejaba; gritó furioso:—¿Perder el cura de Anles una elección?—y al gritar, dió el más soberano puntapié a la urna, que era un puchero, haciéndola volar en miles de pedazos, desparramando las cédulas y logrando con tan sencillo expediente que su candidato triunfase. La hazaña le valió la gran cruz de Isabel la Católica. En el día, obesidad, años y sordera le impedían tomar parte activa; pero quedábanle la afición y el compás, no habiendo para él cosa tan gustosa como un electoral cotarro.

Siempre que el Arcipreste venía a Cebre, pasaba un ratito en el estanco y cartería, donde se charlaba de política por los codos, se leían papeles de Madrid, y se enmendaba la plana a todos los gobernantes y estadistas habidos y por haber, oyéndose a menudo frases del corte siguiente:—Yo, presidente del Consejo de ministros, arreglo eso de una plumada.—Yo que Prim, no me arrodre por tan poco.—Y aun solía levantarse la voz de algún tonsurado, exclamando:—Pónganme a

mí donde está el Papa, y verán cómo lo resuelvo mucho mejor en un periquete.

Al salir de casa de Barbacana, encontró el Arcipreste en la cartería al juez y escribano, y a la puerta a D. Eugenio, desatando su yegua de una argolla y dispuesto a montar.

—Aguárdate un poco, Naya—le dijo familiarmente, dándole, según costumbre en los curas, el nombre de su parroquia.—Voy a ver los partes de los periódicos, y después nos largamos juntos.

—Yo tomo hacia los Pazos.

—Yo también. Dí allá en la posada que me traigan aquí la mula.

Cumplió D. Eugenio el encargo diligentemente, y a poco ambos eclesiásticos, envueltos en cumplidos montecristos, atados los sombreros por debajo de la barba con un pañuelo para que no se los llevase el viento fuerte que corría, bajaban el repecho de la carretera al sosegado paso de sus monturas. Naturalmente, hablaban de la batalla próxima, del candidato y de otras particularidades referentes a la elección. El Arcipreste lo veía todo de color de rosa, y estaba tan cierto de vencer, que ya pensaba en llevar la música de Cebre a los Pazos para dar serenata al diputado electo. D. Eugenio, aunque animado, no se las prometía tan felices. El Gobierno dispone de mucha fuerza, ¡qué diantre!, y cuando ve la cosa mal parada, recurre a la coacción, haciendo las elecciones por medio de Guardia civil. Todo eso de Cortes era, según dicho del abad de Boán, una solemnísimas farsa.

—Pues por esta vez—contestaba el Arcipreste, manoteando y bufando para desenredarse de la

esclavina del montecristo, que el viento le envolvía alrededor de la cara,—por esta vez, les hemos de hacer tragar saliva. Al menos, el distrito de Cebre enviará al Congreso una persona decente, hijo del país, jefe de una casa respetable y antigua, que nos conoce mejor que esos pillastres venidos de fuera.

—Eso es muy cierto—respondió D. Eugenio, que rara vez contradecía de frente a sus interlocutores;—a mí me gusta, como al que más, que la casa de los Pazos de Ulloa represente a Cebre; y si no fuese por cosas que todos sabemos...

El Arcipreste, muy grave, sorbió el *fusique* o cañuto. Amaba entrañablemente a D. Pedro, a quien, como suele decirse, había visto nacer, y además profesaba el principio de respetar la alcurnia.

—Bien, hombre, bien—gruñó:—dejémonos de murmuraciones... Cada uno tiene sus defectos y sus pecados, y a Dios dará cuenta de ellos. No hay que meterse en vidas ajenas.

Don Eugenio, como si no entendiese, insistió, repitiendo cuanto acababa de oír en la cartería de Cebre, donde se bordaban con escandalosos comentarios las noticias dadas por Trampeta al gobernador de la provincia. Todo lo refería gritando bastante, a fin de que el punto de sordera del Arcipreste, agravado por el viento, no le impidiese percibir lo más substancial del discurso. El travieso y maleante clérigo gozaba lo indecible viendo al Arcipreste sofocado, abotargado, con la mano en la oreja a guisa de embudo, o introduciendo rabiosamente el *fusique* en las narices. Cebre, según D. Eugenio, hervía en indignación con-

tra D. Pedro Moscoso; los aldeanos le querían bien; pero en la villa, dominada por gentes que protegía Trampeta, se contaban horrores de los Pazos. De algunos días acá, justamente desde la candidatura del marqués, se había despertado en la población de Cebre un santo odio al pecado, una reprobación del concubinato y la bastardía, un sentimiento tan exquisito de rectitud y moralidad, que asombraba; siendo de advertir que este acceso de virtud se notaba únicamente en los satélites del secretario, gente en su mayoría de la cáscara amarga, nada edificante en su conducta. Al enterarse de tales cosas, el Arcipreste se amorrataba de furor.

—¡Fariseos, escribas!—rebufaba.—¡Y luego nos llamarán a nosotros hipócritas! ¡Miren ustedes qué recato, qué decoro y qué vergüenza les ha entrado a los incircuncisos de Cebre. (En boca del Arcipreste, *incircunciso* era tremenda injuria.) Como si el que más y el que menos de ese atajo de tunantes no tuviese hechos méritos para ir a presidio... ¡y al palo, sí, señor; al palo!

Don Eugenio no podía contener la risa.

—Hace siete años, la friolera de siete años—tartamudeó el Arcipreste calmándose un poco, pero respirando trabajosamente a causa del mucho viento;—siete añitos que en los Pazos sucede... eso que tanto les asusta ahora... y maldito si se han acordado de decir esta boca es mía.—Pero con las elecciones... ¡Qué condenado de aire! Vamos a volar, muchacho.

—Pues aún murmuran cosas peores—gritó el de Naya.

—¿Eh? Si no se oye nada con este vendaval.

—Que aún dicen cosas más serias—voceó don Eugenio, pegando su inquieta yegüecilla a la reverenda mula del Arcipreste.

—Dirán que nos van a fusilar a todos... Lo que es a mí, ya me amenazó el secretario con formarme siete causas y meterme en chirona.

—Qué causas ni qué... Baje usted la cabeza... Así... Aunque estamos solos, no quiero gritar mucho...

Agarrado D. Eugenio al montecristo de su compañero, le explicó desde cerca algo que las alas del Nordeste se llevaron aprisa, con estridente y burlón silbido.

—¡Caramelos!—rugió el Arcipreste, sin que se le ocurriese una sola palabra más.

Tardó aún cosa de dos minutos en recobrar la expedición de la lengua y en poder escupir al ventarrón, cada vez más desencadenado y furioso, una retahila de injurias contra los infames calumniadores del partido de Trampeta. El granuja de D. Eugenio le dejó desahogar, y luego añadió:

—Aún hay más, más.

—¿Y qué más puede haber? ¿Dicen también que el señorito D. Pedro sale a robar a los caminos? ¡Canalla de incircuncisos esos, sin más Dios ni más ley que su panza!

—Aseguran que la noticia viene por persona de la misma casa.

—¿Eeeh? Cargue el diablo con el viento...

—Que la noticia viene por persona de la misma casa de los Pazos... ¿Ya me entiende usted?—Y D. Eugenio guiñó el ojo.

—Ya entiendo, ya... ¡Corazones de perro, lenguas de escorpión! ¡Una señorita que es la hon-

radez en persona, de una familia tan buena, no despreciando a nadie... y calumniarla, y para más con un ordenado de misa! ¡Liberaluchos indecentes, de estos de por aquí, que se venden tres al cuarto! ¡Pero cómo está el mundo, Naya, cómo está el mundo!

—Pues también añaden...

—¡Caramelos! ¿Acabará hoy? ¡Qué tormenta se prepara, María Santísima! ¡Qué viento... qué viento!

—Atiéndame, que esto no lo dicen ellos, sino Barbacana. Que esa persona de la casa—Primitivo, vamos—nos va a hacer una perrería gorda en la elección.

—¿Eeeh? ¿Tú *seque* chocheas? Para, mula, a ver si oigo mejor. ¿Que Primitivo...?

—No es seguro, no es seguro, no es seguro—vociferó el abad de Naya, que se divertía más que en un sainete.

—¡Por vida de lo que malgasto, que esto ya pasa de raya! Hazme el favor de no volverme loco, ¿eh?, que para eso tengo bastante con el viento maldito. ¡No quiero oír, no quiero oír más!

—Declaró esto en ocasión en que su montecristo se alzaba rápidamente a impulsos de una ráfaga mayor, y se volvía todo hacia arriba, dejando al Arcipreste como suelen pintar a Venus en la concha. Así que logró remediar el percance, hizo trotar a su mula, y no se oyó en el camino más voz que la del Nordeste, que allá a lo lejos, sacudiendo castañares y robledales, entonaba majestuosa sinfonía.